

Asando castañas la víspera de su boda

La Loli

La Loli regresó a la vida de las Yimasa *(well, well, well, pero había)* *(Nuestro libro tiene un capítulo sobre)* en aquellas a una de las más de la tarde con la mancha como quien dice terminada sentada, muy tranquila frente al sofá, poniéndose la gargantilla con el collarito ribetado de brillantes.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien, con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos había nacido con la costumbre de pasarlos en Santa-Tropez por a los rascos de que se quedase en Girardía, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó), se negó porque Genia Clotilde era terriblemente torada) a jugar a la canaria con sus amigos.

Aquel día, sin embargo y ya porque no faese verano — que debía con mucha probabilidad de no serlo porque la de Arrupe, que tenía una mancha en la boca que podía dar pelor y sufridos de maliciar en las que nadie se le hubiera fiado, dijo que a una de sus sobrinas, muy joven, la había pillado **asando castañas la víspera de su boda** — o porque en Santa-Tropez hubiera una epidemia malísima de cólera o, incluso, porque no estuviera si erao más o menos, allí estaba.

— ¿Seguro?

— Voya nada a verla con sus propios ojos, si es que no me creas.

Y fue así.

Fue a mirar con sus propios ojos y así y como la criada terminaba de costar y la encontró (irrevivible y, después, con movimientos sigilosos y sin tocar nada, notó la masa primero por el lado derecho, y luego por el izquierdo), y leyó en aquellos ojos tan grandes un así muy intenso y, en los labios tan pálidos que parecían querer un poquito antecambiar decir algo, cierto sermón alabo de su vida pública...

— Algun día — murió, así sin sermonear tal vez porque no era doña Paula de esas que pierden los nervios y se ponen a pejar grises fácilmente — tenía que ocurrir algo así.

Después de luego el puñito, entró la ascensor, se llegó a su habitación y, allí, después porque qué pita corría ya, se terminó de ponerse la gargantilla sino que se vistió su traje negro de los domingos y, con cuidado de no empaccharlas porque la serbia sí que la tenía ya puesta, la izquierda primero, fuera dentro, y luego la derecha, sus medias negras, sus medias negras y sus pendientes de azabache y, en la cabeza, la mantilla no de las grandes ceremonias sino la pequeña, sencilla y sin apurarse blanda...

Luego buscó su bolso y, a la ciudad, que la tenía hacer como quien no da crédito, "ahora voygo, tengo que decirle a Marcella".

que, como es natural, no llegó a celebrarse más que porque no fuera a lo mejor verano — y que muy posiblemente no lo fuese porque ella, para contrarrestar un poco con la circunstancia de estar frisando con el otoño de su vida, había insistido en que se quería casar en primavera — por todo el revuelo que se armó ante un hecho que al pillar al pueblo entero desprevenido porque “¿Quién iría a esperar algo así?”, se decían, recordando, los unos

a los otros en el convite cuando por fin tuvo lugar aunque, porque al remate resultó muy bien¹, no fue ya con Arrupe.

¹y total qué más daba porque, refraneros los más, “siempre se ha dicho, ¿o no?, que la mancha de mora con otra verde se quita”, entre mediasnoches de jamón (los más clásicos y algún que otro medroso) y volovanes de surimi y piña (los más viajados) que, todos, hermanados y a dos carrillos porque el nuevo, “en eso, no hay mal que por bien no venga — se congratulaba Gervasio —, hemos salido ganando” y justo era reconocer que era verdad aunque echando cuenta de los porqués algún que otro par de ojos se empañara, era infinitamente más rumboso aunque, a ella, no en presencia de él aunque a alguien alguna vez se le escapara, se la siguió llamando “la de Arrupe”.